

DEFASADOS

Ángel Pontones Moreno

Sobre el asfalto parecían haber desaparecido para siempre las huellas del invierno, más la nueva ciudad contenía la misma piel herrumbrosa y sucia de siempre, viciada por cientos de manchas, viruelas y emplastos en forma de socavones, pintadas, escombros y obras públicas, estas últimas un azote solo interrumpido por la falta de presupuesto. El halito de esperanza que supuso la última e intensa nevada nos dejaba al marcharse huérfanos de su pureza y ahítos de papeleos y enigmas. Entre ellos y en lugar destacado, el caso del *“asesinato instantáneamente esclarecido”*.

Solemos quejarnos de la escasez de pistas, no de su exceso. La escasez es primaria, lógica. Aplastante en su simplicidad. El exceso es impostado, inconveniente. Digamos que tiene truco. Imaginadlo en aquel parque de extrarradio, alrededor de un cuerpo desnudo, imperfecto, estrangulado y conservado en la nieve que lo había cubierto como la mejor coartada, adoptando la forma de una hilera de instantáneas que en un sendero de metro y medio a partir del cadáver compusieran una película en la que el sospechoso, en primer plano, se fuera acercando poco a poco a su víctima, achinando los ojos como deslumbrado por un resplandor que podría deberse a una farola o linterna, pero que se correspondía más a los flashes de la antigua cámara Polaroid hecha ciscos que encontramos en una de las papeleras de bloque de edificios más próximo. Las evidencias, aplastantes, nos hicieron instintivamente mirar en otras direcciones incluso cuando el sospechoso (el mismo adolescente deslumbrado por el arma improvisada que al parecer empleó la víctima para

defenderse) ya se había metido en nuevos problemas que le llevaron a ser arrestado e identificado. Ni siquiera cuando confesó su crimen pudimos dejar de pensar que un caso como éste, sin un móvil claro y con un acusado tan torpe o suicida como para sembrar el escenario de evidencias, no había por dónde cogerlo.

Unos años después, ya retirado del cuerpo y dedicado a otros menesteres, murió mi madre. Vivía sola y acumulada de recuerdos y no recuerdo que ninguno de sus tres hijos hiciéramos nada por ayudarla a salir de su laberinto. Este funcionamiento socialmente aceptado de renovar rápidamente el mobiliario mientras dejamos estropearse a las personas daría para una profunda reflexión pero no es aquí su tiempo ni su lugar. El piso de nuestra infancia, ubicado en lo que había sido un barrio bien, planteaba ahora un problema a la hora de repartirlo pues toda venta futura en las actuales circunstancias sería poco menos que un regalo, y nadie de la familia parecía proclive a vivir en un lugar que la rápida degradación iba progresivamente comunicando. Una mañana que lo visité junto a Camile y mi hijo, tuve la revelación que llevaba tiempo buscando y aún más esperando, y que no tenía que ver con el perfecto usufructo, arriendo o alquiler de la finca. Cuando vi a mi Jacques, un muchacho brillante en proyecto de neurocirujano importante, atascarse durante más de un minuto con la rueda marcadora del antiguo teléfono de mamá, intentando averiguar el principio que le permitiera marcar únicamente un número sin que todo el mecanismo saltara hacia el punto de inicio, se me ocurrió pensar que un adolescente de 2014, sin antecedentes y sobreexcitado al terminar de estrangular a una chica que solo quería atracarle, podía muy bien desconocer el lento revelado de las máquinas Polaroid, dónde

el reloj marchaba en dirección contraria, sanando y no desgastando, dónde un sendero de instantáneas blancas mostraba con la ayuda del tiempo su verdadero rostro al mundo.